

Mi coqueteo con la ética



La ética, por definición, es una rama de la filosofía que estudia lo bueno y lo malo de acuerdo a la conducta humana. ¿Qué está bien, qué no? Y como no es una ciencia exacta, dependerá de la forma en que una determinada sociedad entienda lo correcto, la convivencia pacífica, la vida... para no hacer tan larga la introducción.

Yo fui “Sociales”. Muchos jóvenes no tienen la más remota idea de lo que estoy diciendo. Pero, para quienes ya tenemos unos años, esta fue una de las seis o siete ramas de especialidad por las que uno podía optar en el ciclo diversificado del bachillerato. Saltaba en una pata al saber que recibiría Filosofía, Sociología, Geografía Económica, Realidad Latinoamericana y, por supuesto, Ética.

La Ética no era una materia sencilla. Al caminar de la mano de la filosofía, tenía un sinnúmero de preceptos y autores que “enturbiaban” el agua. Unos decían una cosa y otros tantos decían lo contrario.

Para unos, el bien estaba guiado por la religión, mientras que otros eran ateos. ¡Caray! Cómo entender esa búsqueda del bien desde los libros. Y aquí es donde realmente empieza mi historia.

La Ética no era una materia sencilla. Al caminar de la mano de la filosofía, tenía un sinnúmero de preceptos y autores que “enturbiaban” el agua. Unos decían una cosa y otros tantos decían lo contrario.

Mi profesora, que para fines didácticos en este artículo la vamos a llamar “Licen”, era una mujer de “no estarse haciendo problema por tonteras”. Era (o es, porque no se ha muerto todavía) una mujer sumamente práctica.

Si bien su materia era complicada, todos vimos el tsunami faltando dos meses para salir: un supletorio era inminente, la ola se llevaría todos nuestros sueños a su paso. Ahí es donde los alumnos tratábamos de hacer lo que en todo el año no habíamos hecho. Y la profesora de Ética, como un francotirador en lo alto de una colina, no desaprovechó la oportunidad: disparó a mansalva.

“Señores, el 90 % de la clase está mal en mi materia. A este paso la mayoría va a perder el año”, dijo la Licen en medio de una mañana de



Todos vimos el tsunami faltando dos meses para salir: un supletorio era inminente, la ola se llevaría todos nuestros sueños a su paso.

sol. Por la ventana se veía el resplandor de la vida, pero “ventana adentro” se olían los cadáveres que iba dejando el arma de la asesina. Todavía no había apretado el gatillo y ya empezábamos a contar las bajas.

“Pero les tengo una solución” dijo. “Miren, no quiero que lo vayan a tomar a mal, pero podríamos darnos una mano, ustedes y yo. ¿Quién quiere un par de puntos más?”, preguntó sabiendo que nos lanzaríamos como pirañas sin medir consecuencias. “Yo, Licen”, gritaban uno y otro. “Tranquilos”, dijo entonces la profesora de Ética. “Verán, yo estoy necesitando algunas cosas en mi casa.

El que me las traiga va a tener un punto más, pero si necesitan más puntos, podrían optar por traerme más cosas”, remató con una sonrisa. “Pero, les insisto, no es que es un soborno o que estamos cometiendo una cosa mala. Nos estamos dando una mano ustedes y yo”, terminó por decir la profesora de Ética.

Con nuestra complicidad y nuestro silencio, empezó a detallar lo que necesitaba. “Necesito un jabón para los platos, dos pares de guantes, una crema hidratante, un galón de aceite de girasol, un paquete de tres pastas de dientes...”, y siguió. Eran las compras del mes. Me iba a trocar un punto por un par de guantes: wow, toda una ganga.

Uno de mis mejores amigos no dudó en comprarle cinco cremas hidratantes por la posibilidad de que nos volviera a dar alguna materia en 5º curso. Todos llegamos con nuestras cosas. Ella abandonó el curso con un costal de chucherías. Era la versión anómala de Santa Claus. No sé con qué cara salió de la clase hacia la sala de profesores. Tenía la mente de un oficial de inteligencia: fría, calculadora, inexpresiva.

Ella había pasado por la ética, pero la ética nunca había pasado por ella. ¡Cumplió!

Ella había pasado por la ética, pero la ética nunca había pasado por ella. ¡Cumplió! Cada crema terminó por valer un punto, cada jabón de platos, cada par de guantes, cada litro de aceite de girasol.

La Licen fue nuestra profe hasta que nos graduamos. No escatimaba en elogios cuando me veía fuera del colegio. Me consiguió la oportunidad de que diera una charla en otro colegio, en el que ella daba clases de Ética también. Me presentó como un héroe.

Finalizo esta historia con una frase del finado Facundo Cabral: “Yo era el orgullo de mi abuela y mi abuela era la vergüenza de la familia”.

Gracias por el tiempo. La moraleja, en esta historia barroca y ostentosa de paradojas, se la dejo a cada uno. No dudo que habrá quien la lea y no encuentre contradicción alguna. Para ellos mis más profundos respetos y sincera envidia. La felicidad tal vez está más cerca de sus portales.